

tras costas, como tú pescarias poco en nuestras montañas. Creo que llenaría mejor el morral cazando duendes y silfos en los nebulosos bosques de la reina Mab. Tú eres hoy, mi querida hermana, la primera gaviota á la que he podido dar de cerca los buenos días. Aquí teneis, amigos míos, lo que ha podido traer en todo el día el primer cazador de Drontheim.

Hablando así, sacó de su morral y puso sobre la mesa una gallineta blanca, asegurando que ese escudo volátil no era digno de un tiro de fusil.

—Pero, añadió entre dientes, leal escopeta de Kennybol, pronto te dedicarás á la caza mayor; si no matas gamos ni ciervos, agujerearás casacas verdes y jubones encarnados.

Estas palabras, mal oídas, llamaron la atención de la curiosa Maase.

—Qué estás diciendo? preguntó al cazador.

—Que las mujeres teneis todas el mismo flaco.

—Tienes razon, contestó el pescador. Las hijas de Eva son curiosas como su madre. ¿Qué hablabas de casacas verdes?

—Hermano Braall, replicó el interpe-lado, solo á mi mosquete confío mis secretos, porque tengo la seguridad de que no los ha de contar á nadie.

—Se habla en la aldea de que se han sublevado los mineros; ¿sabes si es cierto, Kennybol?

Cogió la gorra el montañés y se la encasquetó hasta los ojos, mirando oblicua nente al forastero; despues, inclinándose hácia el pescador, le dijo en voz baja:

—Silencio.

Meneó éste la cabeza con aire de profunda sagacidad y le contestó:

—El pez es mudo, pero no por eso deja de caer en las redes.

Hubo un instante de silencio. Los dos hermanos se miraban con aire de inteligencia; los niños desplumaban la gallineta, que estaba sobre la mesa; Maase escuchaba lo que no se decia y Ordener observaba.

—Si hoy no traje caza, dijo el cazador tratando de cambiar la conversacion, mañana no será lo mismo. Pesca al rey de los peces mañana, que yo te prometo aceite de oso para guisarlo.

—Aceite de oso? exclamó Maase. ¿Anda algun oso por estas cercanías? Pues hijos míos, os prohibo salir de la cabaña. Un oso!

—Tranquilízate, que mañana ya no le temerás, te lo prometo. He visto un oso blanco á unas dos millas de Surb. Me pareció que llevaba encima un hombre ú otro animal; quizás algun cabrero, porque los cabreros se visten de pieles de animales... la distancia no me permitió conocerlo bien. Lo que me admiró fué que llevase su presa á las espaldas y no en la boca.

—De veras?

—Y el animal debía estar muerto, porque no hacia ningun movimiento para defenderse.

—Pero si estaba muerto, ¿cómo se sostenia sobre la espalda del oso? preguntó juiciosamente el pescador.

—Eso es lo que no comprendo; pero muerto ó vivo, será el último alimento del oso. Al regresar á la aldea he avisado á seis excelentes compañeros, y mañana te traeré, hermana mia, la piel blanca más hermosa que corrió jamás sobre las nieves de la montaña.

—Guárdate de él, que cuentan cosas muy singulares. Mira no sea ese oso el mismo diablo.

—Estás loca? exclamó riendo el montañés; convertirse en oso el diablo! En gato ó en mono ya se ha visto alguna vez, pero en oso...

—Pero dime, preguntó el pescador al montañés, ¿hácia qué lado has visto ese oso?

—En la direccion de Smiasen á Walderhog.

—Walderhog! exclamó la mujer, haciéndose en la frente la señal de la cruz.

—Walderhog? repitió Ordener.

—¿Supongo que no te atreverás á dirigirte á la gruta de Walderhog?

—Yo? Dios me libre! El oso es el que se dirigia á ella.

—Pero irás á buscarle mañana! interrumpió atemorizada Maase.

—No; ¿cómo pensais que el oso se atreva á tomar por guarida una cabaña en la que...?

Detuviéronse al llegar aquí y los tres se santiguaron devotamente.

—Dices bien; los animales tienen el instinto que les advierte de lo que han de huir, respondió el pescador.

—Pero, amigos míos, exclamó Ordener, ¿quereis decirme qué es lo que hay en la gruta de Walderhog?

Miráronse los tres con estúpido asombro, como si no pudieran comprender semejante pregunta.

—¿No es donde está el sepulcro del rey Walder? preguntó el jóven.

—Sí, respondió la mujer; es un sepulcro de piedra que canta.

—No es eso solo, añadió el pescador.

—No, continuó ella; por la noche se ven bailar los huesos de los difuntos.

—Además, dijo gravemente el montañés, no se debe hablar con esa ligereza de una caverna que hace estremecer hasta á un lobo viejo como soy yo.

Ordener replicó sonriendo:

—Hubiera yo querido saber, sin embargo, todos los prodigios que suceden en la gruta de Walderhog, porque precisamente voy allí.

Estas palabras petrificaron de terror á los tres oyentes.

—A Walderhog! vais á Walderhog?...

—¡Y lo dice, añadió el pescador, con la misma sencillez que si dijera voy á Lévig á vender bacalao, ó al soto de Ralfo á pescar arenques!...

—Desgraciado jóven! exclamó la mujer; ¿os ha abandonado vuestro ángel tutelar? No teneis en el cielo santo patrono?

—¿Y qué motivo, preguntó el montañés, os conduce á ese sitio abominable?

—He de preguntar algo á cierto sugeto, contestó Ordener.

La curiosidad y el asombro de los oyentes subió de punto.

—Se conoce que sois extranjero y que desconoceis el pais. Sin duda estais equivocado y no es á la caverna de Walderhog donde debeis ir.

—Además de que allí, si quereis hablar á algun sér humano, no lo conseguireis... porque allí no lo hay.

—Solo está allí el demonio, dijo la mujer.

—El demonio! Qué demonio?

—El que hace que cante el sepulcro y que bailen los muertos.

—No sabeis, señor, le dijo Braall, bajando la voz y aproximándose á Ordener, que la gruta de Walderhog es la guarida ordinaria de...

La mujer no le dejó continuar.

—No pronuncies ese nombre, que atrae la desgracia, le dijo.

—De quién es la guarida? preguntó Ordener.

—De Belcebú encarnado, contestó Kennybol.

—No os comprendo. A mí me dijeron que esa caverna la habitaba Han de Islandia.

Alzóse en la cabaña triple grito de terror.

—Pues bien, si lo sabeis, ese es el demonio.

Tras larga pausa en el diálogo, cuan-

do el pescador volvió en sí de su estupefaccion, miró fijamente á Ordener como si hubiera en el jóven algo que no estaba al alcance de su inteligencia.

—Creia, señor viajero, que aunque viviese más años que mi padre, que murió de ciento veinte, no tendria que indicar á nadie el camino de Walderhog.

—Sin duda, dijo Maase; pero vos no ireis á esa maldita gruta, porque para ir seria necesario hacer un pacto con el diablo.

—Iré, amigos míos, y el mayor servicio que podais prestarme será indicarme el camino más corto.

—El más breve para llegar adonde quereis ir es precipitaros desde lo alto de la peña más cercana en las aguas del torrente más inmediato.

—¿Os parece que se logra lo mismo, preguntó Ordener con seguridad, prefiriendo una muerte estéril á un peligro útil?

Meneó Braall la cabeza, mientras su hermano fijaba en el jóven aventurero una mirada escrutadora.

—Os comprendo, exclamó de pronto el pescador; quereis ganar los mil escudos reales que promete el síndico de la provincia por la cabeza del demonio de Islandia.

Ordener sonrió.

—Creedme, prosiguió el pescador emocionado, renunciad á ese proyecto. Soy pobre y viejo y yo no arriesgaria la vida por esos mil escudos.

—Interés más noble me mueve á buscar á ese bandido que llamais demonio: lo hago en beneficio de otros, no por mí.

El montañés, que no apartaba la vista de Ordener, le interrumpió:

—Os comprendo, señor; sé por qué buscáis al demonio islandés.

—Quiero obligarle á pelear, dijo el aventurero.

—Segun eso, ¿estais encargado de grandes intereses, no es verdad?

—Acabo de decirlo.

El montañés se acercó á Ordener, haciéndole una señal de inteligencia, y con admiración oyó éste que le decia al oido en voz baja:

—¿Le buscáis para que sirva al conde Schumacker?

—Cómo lo sabeis?

Le era difícil de comprender cómo sabia un montañés noruego un secreto que á nadie habia confiado, ni aun al mismo general Levin.

Otra vez se acercó Kennybol á su oido y le dijo:

—Os deseo mil prosperidades; obráis como noble caballero sirviendo así á los oprimidos.

Tan grande fué la sorpresa de Ordener, que no encontró palabras para preguntar al montañés cómo había descubierto el objeto de su viaje.

—Silencio, continuó diciendo Kennybol, poniéndose un dedo en la boca; espero que obtendréis lo que deseáis del habitante de Walderhog; mi brazo está pronto como el vuestro para servir hasta la muerte al prisionero de Munchholm.

Y levantando la voz, antes de que Ordener pudiese contestarle, dijo á Braall y á Maase:

—Recibid á este respetable jóven como á un hermano. Ea, ya creo que la cena está dispuesta.

—¿Has decidido al señor, preguntó la mujer, á que desista de su proyecto de visitar al demonio?

—Reza por él esta noche, hermana mia, porque es un noble y digno mancebo. Vamos, señor viajero, cenad bien y despues á dormir. Al rayar el dia os enseñaré el camino é iremos los dos, vos en busca del diablo y yo en busca del oso.

## XXIX.

¿Cuál de nuestros compañeros te engendró?  
¿De qué hijo de los hombres desciendes para atreverte á atacar á Fa-  
fui!

(Edda.)

El primer rayo de sol enrojecía apenas las cimas de los peñascos situados junto al mar, cuando un pescador que salió al alba á echar sus redes á algunos tiros de arcabuz de la playa, frente á la entrada de la gruta de Walderhog, vió un fantasma embozado en una capa bajar á lo largo de las rocas y desaparecer bajo la formidable bóveda de la caverna. Lleno de terror, recomendó su barca y su alma á San Usuf y corrió á contar á su familia que había visto con espanto uno de los espectros que habitan la caverna de Han de Islandia volver á ella al salir el sol.

Ese espectro era Ordener, el hijo del virey de Noruega, á quien los dos reinos creían entregado á dulces galanteos con su altiva futura, y que, solo y desconocido, iba á exponer la vida por otra mujer, por la hija de un prisionero de Estado, que era la exclusiva dueña de su corazón.

Tristes presagios y siniestros vaticinios le acompañaban en el término de su viaje; al despedirse de la familia del pescador, Maase se puso á rezar por él á la puerta de la cabaña; el montañés Kennybol y sus seis compañeros, despues de indicarle el camino que debía seguir, se separaron de él á una media milla de Walderhog; y esos intrépidos cazadores, que iban riendo á combatir contra un oso, fijaron largo rato sus miradas de terror en la senda que tomó el atrevido aventurero.

Entró Ordener en la gruta de Walderhog como el marinero llega á un puerto mucho tiempo deseado. Experimentaba celeste alegría al pensar que iba á conseguir un objeto digno de su vida, ó, de no conseguirlo, que iba á derramar toda su sangre por su Ethel. Próximo á atacar á un bandido temido en toda la provincia, á un mónstruo, á un demonio quizás, no asustaba á su imaginación ese formidable enemigo, y solo veía la tierna imágen de su virgen cautiva rezando quizás por él al pié del altar de su prision. Si se hubiera sacrificado por cualquier otro móvil, hubiera pensado algunos momentos, para despreciarlos, en los peligros que de tan lejos venia á buscar; pero reflexiona acaso el corazón en la juventud, cuando palpita con la doble exaltación de un sublime sacrificio y de un acendrado amor?

Avanzó con la cabeza erguida bajo la bóveda sonora, cuyos mil ecos multiplicaban el ruido de sus pasos, sin echar siquiera una ojeada sobre las estalactitas, sobre los basaltos seculares, que pendían encima de su cabeza entre conos de musgo, de yedra y de raíces; conjunto confuso de formas caprichosas, al que la credulidad supersticiosa de los montañeses noruegos había convertido muchas veces en multitud de demonios ó en procesiones de fantasmas. Con la misma indiferencia pasó por el sepulcro del rey Walder, al que se enlazaban muchas tradiciones lúgubres, y no oyó otra voz junto á él más que la de los silbidos del aire en aquellas fantásticas galerías.

Continuó su marcha bajo tortuosas bóvedas, débilmente alumbradas por rendijas medio obstruidas de yerbas y matorrales. Tropezaban con frecuencia sus piés en no sé qué ruinas, que rodaban sobre las rocas, produciendo sonido hueco, y que ofrecían en la sombra á sus ojos cierta semejanza á cráneos rotos y con largas filas de dientes blancos y descarnados hasta sus raíces.

Pero no conoció el terror; se extrañaba únicamente de no haber encontrado todavía al terrible habitante de aquella horrible gruta.

Llegó á una especie de habitacion redonda, abierta por la naturaleza en el seno de las rocas vivas; en ella desembocaba el camino subterráneo que había seguido Ordener, y las paredes no presentaban más abertura que largas hendiduras, por las que se veían las montañas y los bosques exteriores.

Sorprendido de haber recorrido infructuosamente la fatal caverna, empezaba á desesperar de encontrar al bandido, cuando llamó su atención un monumento de forma singular, situado en medio de aquella estancia subterránea. Tres piedras largas y macizas, de pié sobre el suelo, sostenían una cuarta piedra ancha y cuadrada, como tres pilares sostienen un techo. Debajo de esta especie de trípode gigantesca se levantaba algo parecido á un altar, formado tambien de un gran pedazo de granito y agujereado circularmente por el medio de su lado superior.

Ordener reconoció en este monumento una de aquellas colosales construcciones drúidicas que había visto algunas veces en sus viajes por la Noruega, y cuyos modelos más asombrosos son en Francia los monumentos de Lockmaria-ker y de Carnal. Edificios extraños que han envejecido clavados en la tierra, como tiendas de un dia, y que únicamente son sólidos por su peso enorme.

Meditando Ordener, se apoyó maquinalmente sobre el altar, cuya boca de piedra estaba ennegrecida. ¡Tanta sangre de víctimas humanas había bebido!...

De repente se estremeció, oyendo una voz que parecia salir del fondo de la piedra y que le decía:

—Jóven, con piés que caminan hácia el sepulcro has entrado en este sitio.

Se irguió bruscamente y echó mano al puño del sable, mientras que un eco, débil como la voz de un moribundo, repetía distintamente en las profundidades de la gruta:

—Jóven, con piés que caminan hácia el sepulcro has entrado en este sitio.

En aquel instante, al otro lado del altar drúidico, levantóse una cabeza espantosa, con cabellos rojos, y que con risa atroz volvió á repetir:

—Jóven, con piés que caminan hácia el sepulcro has entrado en este sitio.

—Y con mano que blande este acero, respondió impertérrito Ordener.

Salió el mónstruo enteramente de bajo del altar y descubrió sus miembros rechonchos y nervudos, su vestidura terrible y ensangrentada, sus manos callosas y su enorme hacha de piedra.

—Ya estoy aquí, dijo, lanzando un rugido como una fiera.

—Y yo, respondió Ordener.

—Te esperaba.

—Yo hice más; yo te he buscado, contestó el intrépido jóven.

El bandido cruzó los brazos.

—Sabes quién soy?

—Sí.

—Y no tienes miedo?

—No, ya no tengo.

—Pero lo has conocido viniendo aquí? y el mónstruo meneaba la cabeza con aire de triunfo.

—Sí; temia no encontrarte.

—Me desafías! ¡y tus piés han venido tropezando con huesos de cadáveres!

—Mañana tal vez tropezarán con el tuyo.

Tembló de cólera el mónstruo y rechinaronle los dientes. Ordener, inmóvil, conservaba su actitud serena y altiva.

—Guárdate de mí! murmuró el bandido, porque caeré sobre tí como el granizo de Noruega sobre un quitasol.

—No necesito contra tí otro escudo.

Cualquiera hubiera dicho, contemplando esta escena, que había algo en la mirada de Ordener que subyugaba al mónstruo; éste arrancaba con las uñas los pelos de su capa, como un tigre que devora la yerba antes de lanzarse sobre la presa.

—Me enseñas lo que es compasion! dijo.

—Y tú á mí lo que es desprecio.

—Niño, tu voz es tierna, tu rostro es fresco, como la voz y el rostro de una doncella; qué muerte quieres que te dé?

—La tuya!

El mónstruo se echó á reir.

—¿No sabes que soy un demonio, que mi espíritu es el espíritu de Ingolfo el Exterminador?

—Sé que eres un bandido que asesinas por dinero.

—Mientes, le interrumpió el mónstruo; mato por beber sangre.

—¿No te pagó el conde de Ahlefeld el asesinato del capitán Dispolsen?

—¿Qué estás diciendo? ¿qué nombre es ese?

—¿No sabes quién era el capitán Dispolsen, á quien asesinaste en las playas de Urechtal?

—Puede ser, pero ya lo olvidé, como dentro de tres dias me olvidaré de tí.

—¿No conoces al conde de Ahlefeld, que te pagó para que robases al capitán un cofrecillo de hierro?

—Al conde de Ahlefeld? Espera... sí... le conozco. Ayer bebí sangre de su hijo en el cráneo del mío.

Ordener se estremeció de horror.

—No te satisfizo la paga?

—¿Qué paga? preguntó el bandido.

—Escucha; verte me repugna. Es preciso acabar pronto. ¿No robaste hace ocho días una caja de hierro á una de tus víctimas, á un oficial de Munckholm?

Estas palabras hicieron estremecer al bandido.

—Un oficial de Munckholm! ¿Lo eres tú también?

—No, contestó Ordener.

—Tanto peor! y de nuevo se anublaron las facciones del bandido.

—Escucha, repitió el tenaz Ordener: ¿dónde está el cofrecillo que has robado al capitán?

El bandido reflexionó un breve instante; despues exclamó:

—¡Por el alma de Ingolfo, que esa miserable caja tiene muchos golosos! Te respondo que buscarán menos la que contenga tus huesos, si hay quien los encierre en el ataúd.

La contestacion de Han de Islandia dió á entender á Ordener que aquel conocia el cofrecillo, y volvió á abrigar la esperanza de encontrarlo.

—Dime, qué has hecho de él? ¿Está en poder del conde de Ahlefeld?

—No.

—Mientes, porque te ries.

—Cree lo que te dé la gana... ¿qué me importa?

El monstruo, en efecto, había tomado un acento burlon, que inspiraba desconfianza á Ordener; éste conoció que no le quedaba otro recurso para lograr su deseo que el de irritarle ó el de intimidarle, si esto fuera posible.

—Oyeme, dijo levantando la voz; es preciso que me des ese cofrecillo.

El bandido hizo rechinar sus dientes.

—Es menester que me lo des! repitió el otro con voz de trueno.

—¿Acostumbras á dar órdenes á los búfalos y á los osos? replicó el monstruo con risa burlona.

—Se las daría al mismo demonio en el infierno.

—Pues pronto podrás cumplir ese deseo.

Desenvainó Ordener el sable, que relució como un relámpago:—Obedece!

—Vamos, repuso el otro blandiendo el

hacha; no quise romper tus huesos y beber tu sangre cuando llegaste aquí; me contuve porque excitó mi curiosidad el ver cómo el gorrion se lanzaba sobre el buitro.

—¡Miserable, gritó Ordener, defiéndete!

—Esta es la primera vez que me lo dicen, murmuró el bandido rechinando los dientes.

Hablando así saltó sobre el altar de granito y se agachó, recogiendo sus fuerzas, como el leopardo que espera al cazador en lo alto de una roca para precipitarse de improviso sobre él.

Desde allí sus miradasijas se clavaban en el jóven, como si buscara el lado más ventajoso para arrojarle sobre él: esto le sucediera á Ordener si hubiera esperado un momento más; pero no le dió tiempo al bandido para que reflexionara y se lanzó impetuosamente sobre él, dirigiéndole hácia el rostro la punta del sable.

Empezó entonces el combate más espantoso que la imaginacion pueda fingirse. El monstruo, de pié sobre el altar, como una estatua sobre el pedestal, parecía uno de aquellos horribles ídolos que en los siglos bárbaros recibían en aquel mismo sitio sacrificios impíos y sacrílegas ofrendas.

Los movimientos del bandido eran tan rápidos, que por cualquier parte que le atacara Ordener, éste encontraba siempre la cara del monstruo y el filo de su hacha. El jóven hubiera sido despedazado varias veces si no le hubiera ocurrido arrollarse la capa alrededor del brazo izquierdo, de modo que la mayor parte de los golpes de su agresor se perdieran contra ese flotante escudo. Hicieron inútilmente durante algunos minutos esfuerzos extraordinarios para herirse el uno al otro. Los ojos grises é inflamados del hombrecillo parecían salirse de sus órbitas. Atónito de verse tan audaz y tan vigorosamente combatido por adversario en apariencia tan débil, rabia sombría sucedió á sus desprecios salvajes. La atroz inmovilidad de las facciones del monstruo, la serenidad intrépida de las de Ordener, contrastaban singularmente con la rapidez de los movimientos y con la vivacidad de los ataques.

Solo se oía el sonido que al chocar las armas producian, el paso tumultuoso del jóven y la respiracion ronca y apresurada de los dos combatientes, cuando de repente lanzó el monstruo un rugido terrible: el filo de su hacha se había enredado entre los pliegues de la capa de

su enemigo. Se irguió, sacudió el brazo con furia y solo consiguió enredar el mango además del corte entre la capa, que á cada nuevo esfuerzo se envolvía más y más alrededor del hacha.

El formidable bandido vió entonces apoyarse sobre su pecho la punta del sable de su jóven enemigo.

—Escucha por última vez, le dijo éste triunfante; ¿quieres entregarme el cofrecillo de hierro que cobardemente robaste?

El monstruo calló un momento; despues exclamó, rugiendo:

—No, no, y maldito seas!

Ordener, sin abandonar su actitud victoriosa y amenazante, añadió:

—Reflexiona, piénsalo bien.

—No, ya te he dicho que no, repitió Han de Islandia.

El noble mancebo bajó la punta del sable y le dijo:

—Pues bien; desenrolla el hacha de entre los pliegues de la capa y continuemos el combate.

Risa desdeñosa fué la respuesta del monstruo.

—Niño, quieres ser generoso conmigo y no me hace falta esa generosidad.

Antes de que Ordener, sorprendido, pudiese volver la cabeza, puso el bandido los piés en la espalda de su leal vencedor y se lanzó de un salto á doce piés de distancia.

De otro salto se echó sobre el jóven y se suspendió todo entero sobre él, como la pantera se agarra con la boca y con las garras al costado del gigante leon. Sus uñas se hundían en las espaldas de Ordener; sus nudosas rodillas le apretaban las caderas, y en su horrible rostro se veía la boca sangrienta y los dientes de fiera, prontos á desgarrar á su adversario. No hablaba, y solo expresaba su rabia un mugido sordo, entremezclado con gritos roncros y ardientes. Era, en aquel momento, más repugnante que una fiera, más monstruoso que un demonio.

Ordener vaciló al echarse sobre él, de súbito, el monstruo, y hubiera caído al suelo por la fuerza del choque inesperado, á no hallarse á sus espaldas uno de los largos pilares del monumento druídico para sostenerle. Quedó, pues, medio caído sobre la espalda y jadeante bajo el peso de un infame enemigo.

El noble mancebo vaciló, pero no temblaba. Al verse en inminente peligro se despidió de su Ethel. Su amoroso pensamiento fué como una oracion, que le devolvió las fuerzas. Rodeó al monstruo

con sus dos brazos; despues, cogiendo por la mitad la hoja del sable, apoyó perpendicularmente la punta sobre la espina dorsal del bandido y le hirió. Lanzó Han de Islandia espantoso alarido y dió un brinco, que hizo vacilar á Ordener: deshaciéndose de su intrépido adversario, fué á caer algunos pasos atrás, llevándose entre los dientes un pedazo de capa, que había mordido furioso.

Volvió á levantarse al punto listo y ágil como un gamo, y por tercera vez comenzó el combate, más furioso que antes. Juntó la casualidad, en el sitio en que se encontraba el monstruo, un monton de piedras de gran tamaño desprendidas de las rocas, entre las que crecían el musgo y los zarzales desde lejanos tiempos. Dos hombres de fuerza ordinaria no hubieran podido remover la menor de aquellas enormes piedras; el bandido cogió una de ellas con entrambas manos, la levantó sobre su cabeza y, balanceándola, se la arrojó á Ordener. La piedra, lanzada con violencia, atravesó pesadamente el espacio, dejando apenas tiempo al jóven para separarse y evitar el golpe. La mole de granito se estrelló en pedazos al pié de la pared subterránea, produciendo espantoso ruido, que resonó sordamente en las profundidades de la gruta.

Ordener, aturdido, apenas recobró la serenidad, vió que ya otra mole de piedra se balanceaba en las manos del bandido. Irritado al verse apedrear cobardemente, lanzóse sobre el monstruo blandiendo el sable para cambiar el género de combate; pero la piedra formidable, impelida como un rayo, encontró, al rodar por la atmósfera espesa y sombría de la caverna, el frágil y desnudo acero á su paso, y el acero cayó hecho astillas, como un pedazo de vidrio; la risa horrible del monstruo hizo retumbar la bóveda.

Ordener estaba desarmado.

—¿Antes de morir quieres decir algo á Dios ó al diablo? exclamó el bandido.

Lanzando llamas por los ojos, impaciente, se precipitó Han de Islandia sobre su hacha, que estaba en el suelo enredada entre los pliegues de la capa...—¡Pobre Ethel!

De repente se oyó á lo lejos un rúgido que llegaba de fuera de la gruta. El monstruo se para de súbito. Aumenta el ruido y se oyen clamores de hombres entre los aullidos lastimeros de un oso.

El bandido escucha. Los gritos dolorosos continúan. Han de Islandia coge im-

petuosamente el hacha y se precipita, no hacia Ordener, sino hacia una de las hendiduras que daban entrada á la luz en la gruta. Ordener, en el colmo de la sorpresa, al verse olvidado, se dirige como su enemigo hacia una de aquellas puertas naturales y vé en un soto, bastante inmediato, un enorme oso blanco acosado y apurado por siete cazadores, entre los que cree distinguir á Kennybol, cuyas palabras tanto le admiraron el día anterior.

Volvió la cabeza y el bandido no estaba ya en la gruta: entonces oyó fuera una voz espantosa que gritaba: Friend! Friend! Allá voy! Aquí me tienes!

## XXX.

Pedro todo lo perdió á los dados.  
(RÉGNIER.)

El regimiento de arcabuceros de Munkholm vá marchando por entre los desfiladeros que hay entre Skongen y Drontheim. Ya costea un torrente y se vé la fila de las bayonetas brillar en los barrancos, como una larga serpiente cuyas escamas relucen á la luz del sol; ya gira en espiral alrededor de una montaña, pareciéndose entonces á una de aquellas columnas triunfales alrededor de las que suben batallones de bronce.

Los soldados caminan con el arma bajo el brazo y las capas desplegadas, con muestras de mal humor y de fastidio, porque á aquellos nobles militares solo les gustaba el combate ó el descanso. Las pesadas chanzas, los manoseados sarcasmos que ayer hacían sus delicias, no les divierten hoy; el aire es frío y el cielo está cubierto de nubes. Para que ellos se diviertan necesitan que caiga de su rocin una torpe cantinera, ó que una marmita de hojalata ruede de peña en peña hasta el fondo del precipicio.

Con el objeto de distraerse un momento del fastidio de aquella marcha, llegóse el teniente Randmer, jóven baron dinamarcués, al anciano capitán Lory, soldado de fortuna. Caminaba el capitán triste y silencioso, con pesados, pero firmes pasos; el teniente, listo y jovial, hacía silbar una varita que había arrancado de las malezas que rodeaban el camino.

—Qué es eso, capitán? ¿qué diablos tenéis que estais tan triste?

—Porque tengo motivo, respondió el viejo sin levantar la cabeza.

—Vamos, vamos; fuera pesares: mirad-

me á mí, que estoy alegre y tengo más motivos que vos para estar triste.

—Lo dudo, baron Randmer; yo he perdido mis bienes, mi riqueza.

—Capitán Lory, nuestro infortunio es precisamente el mismo. Hace quince días que el teniente Alberick me ganó á golpe de dados mi soberbio palacio de Randmer y todas sus dependencias. Estoy arruinado, y ¿por eso he de estar menos contento?

El capitán respondió con acento triste:

—Teniente, no habeis perdido más que un soberbio palacio; yo, yo he perdido mi perro.

Al oír esta contestación, la frívola fisonomía del jóven quedó indecisa entre la risa y la ternura.

—Capitán, consolaos; ya veis, yo que perdí mi castillo...

—Y qué es eso? le interrumpió preguntando el otro: tarde ó temprano ganareis otro palacio.

—Y vos encontrareis otro perro.

El anciano meneó la cabeza.

—Sí, encontraré otro perro, pero no será mi pobre Drake.

Al decir esto calló; gruesas lágrimas caían de sus ojos por su semblante severo y duro.

—A nadie he querido en el mundo más que á él: no conocí ni padre ni madre, Dios los tenga en la gloria, como á mi pobre Drake.—El me salvó la vida durante la guerra de Pomerania, y yo le llamaba Drake por honrar al famoso almirante. Pobre perro! siempre fué bueno para mí, lo mismo en los tiempos de escasez que en los de la abundancia. Después del combate de Oholfen, el general Schack le pasó la mano por el lomo, diciéndome: Famoso perro tenéis, sargento Lory, porque entonces yo no era más que sargento.—Pobre Drake! ¡haber vuelto sano y salvo tantas veces de las trincheras y de las brechas, para ahogarse después como un gato en el maldito golfo de Drontheim! Pobre perro! ¡Eras digno de morir, como yo, en el campo de batalla!

—Pero capitán, ¿cómo podeis estar triste cuando mañana acaso nos vamos á batir?

—¡Sí, respondió desdeñosamente el veterano, contra terribles enemigos!

—Son valientes los mineros y son diablos los montañeses.

—Miserables picapedreros ó salteadores de los caminos reales, hombres que no sabrán formar en batalla ni la cabeza de puerco ni el rincón de Gustavo Adol-

fo. ¡Vaya una canalla para habérselas con un hombre como yo, que me he encontrado en todas las guerras de Pomerania y de Holstheim, en las campañas de Scania y de Dalecarlia, que he peleado á las órdenes del glorioso general y del valiente conde Guldenlew!...

—¿Pero no sabeis que se cree que capitanea esas bandas un caudillo terrible, un gigante fiero y robusto como Goliat, un bandido que no bebe más que sangre humana y que es un verdadero demonio?

—Quién es ese caudillo?

—Quién? el famoso Han de Islandia.

—Apuesto cualquier cosa á que ese formidable general ni siquiera sabe armar un mosquete en cuatro tiempos, ni cargar una carabina á la imperial.

Randmer soltó la carcajada.

—Sí, sí, reíos, prosiguió el capitán. No dejará de ser divertido cruzar nuestros sables de buen acero con sus viles azadones y nuestras nobles picas con horquillas para aventar el estiércol. ¡Valientes enemigos! Mi bravo Drake hubiera tenido á menos morderles las pantorrillas.

Continuaba el capitán dando rienda suelta á su indignación, cuando vino á interrumpirle un oficial que llegaba hasta los dos interlocutores muy acalorado.

—Capitán Lory, amigo Randmer!... les dijo.

—Qué hay? preguntaron ambos.

—Estoy horrorizado... ¡El teniente Ahlefeld, el hijo del gran canciller, aquel Federico, tan elegante, tan fátuo!...

—¡Sí, respondió el jóven baron, muy elegante! Sin embargo, en el último baile de Charlottembourg mi disfraz era de mejor gusto que el suyo. Pero ¿qué le ha sucedido?

—Ya sé de quién hablais, decía al mismo tiempo el capitán Lory; el teniente de la tercera compañía, que lleva las vueltas azules, y que es poco exacto en el cumplimiento del servicio.

—Ya nadie lo volverá á notar, capitán Lory.

—Por qué? preguntó Randmer.

—Sé que está de guarnición en Wals-

trohm, repuso con frialdad el veterano. —Precisamente, contestó el oficial; el coronel acaba de recibir á un mensajero... Pobre Federico!

—Pero en fin, ¿qué sucede, capitán Bollar? nos asustais.

Lory prosiguió:

—Ese botarate habrá faltado á la lista, como de costumbre; el capitán habrá arrestado al hijo del gran canciller, y

esta será sin duda la desgracia que descompone vuestro semblante.

El capitán Bollar dió un golpe en la espalda al veterano, diciéndole:

—Capitán Lory, el teniente Ahlefeld acaba de ser devorado vivo.

Los dos capitanes se miraron fijamente, y Randmer, después de sorprenderse, se echó á reír á carcajadas.

—Vaya, capitán Bollar, que siempre estais á punto de gastar chanzas pesadas, pero lo que es esa no cuela.

El teniente, cruzándose de brazos, dió libre vuelo á toda su jovialidad, asegurando que lo que más le divertía era la credulidad con que Lory admitía las invenciones de Bollar. El cuento, decía, era chistoso, y tenía gracia la idea de hacer devorar crudo y entero á Federico, que prodigaba á su cutis cuidados tan asiduos y tan ridículos.

—Randmer, dijo con seriedad el capitán Bollar, sois un loco. Os digo que Ahlefeld ha muerto, lo sé por el coronel, ha muerto.

—Qué bien desempeña su papel! repuso el baron, siempre riendo. ¡Es muy divertido!...

Bollar dió las espaldas al teniente y volvióse hacia el veterano Lory, que con su natural sangre fría le pedía pormenores del suceso.

—Sí, amigo, prosiguió el risueño Randmer; contadnos cómo y por quién ha sido devorado ese pobre diablo. ¿Sirvió de almuerzo á algun lobo ó de cena á algun oso?

—El coronel, dijo Bollar, acaba de recibir en el camino un despacho, en el que se le dice, primero: que la guarnición de Walstrohm se repliega hacia nosotros ante una partida considerable de insurrectos.

Lory frunció las cejas.

—En segundo lugar, prosiguió Bollar, que el teniente Federico de Ahlefeld había ido días atrás á las montañas por la parte de las ruinas de Arbar, y allí se encontró con un mónstruo, que se lo llevó á su caverna y allí lo devoró.

Al llegar á este punto redobló sus juveniles exclamaciones el teniente Randmer.

—¡Ah, el buen Lory cree á puño cerrado esos cuentos de niños! Permaneced serio, mi querido Bollar. ¿Sabreis decirnos quién es ese mónstruo, ese ogro, ese vampiro que se comió al teniente, como si fuese un cabritillo de cinco días?

—A vos no, contestó Bollar con impaciencia; pero sí que se lo diré á Lory, que